



Investiluchando. Recuperar la voz propia
en la investigación militante.

Mariana Barrios

Revista Género y Escritura, 2(3), Ensayos,
2025, 6-14

ISSN 3008-8739

<https://generoyescritura.wixsite.com/genero-y-escritura>

Buenos Aires | Argentina

***Investiluchando*. Recuperar la voz propia en la investigación militante**

Mariana Barrios

marianabarriosglanzmann@gmail.com

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET)
Universidad Nacional de Chilecito | UNDEC
Defensoras del Agua de Famatina
La Rioja, Argentina

Introducción

Hace cuatro años, recién mudada a la ciudad de Chilecito (La Rioja, Argentina), conocí y abracé la lucha de un pueblo que durante los últimos 18 años ha mantenido a las sierras del Famatina libres de megaminería. Desde entonces, empecé a formar parte de las Defensoras del Agua del Famatina, un grupo de mujeres en el que, además de guardianas de la naturaleza, nos reconocemos feministas. En este tiempo, a la vez, vengo estudiando como tema de tesis doctoral los modos de articulación entre patriarcado y extractivismo, sobre todo, a través de la realización de entrevistas a

mujeres que participan en las luchas territoriales y socioambientales de la provincia de La Rioja. Habitar estos dos mundos tan diferentes como la academia y la militancia, ha sido y es para mí un proceso de diferentes contradicciones, incomodidades, y de una reflexividad permanente. Sentires que, sinceramente, en algunos momentos me alejaron de mi investigación. Pero, también, en estos años me acerqué a lecturas feministas que plantean epistemologías diferentes al modelo hegemónico de la ciencia (positivista, que se pretende objetivo y meramente racional, que extrae los saberes de los pueblos, y un gran etcétera).Y, desde esas epistemologías *otras*, creo que sí es posible realizar investigaciones que no solo aporten a nuestras luchas, sino con las cuales nos sintamos cómodas y hasta *deseemos y disfrutemos* realizar.

A partir de esto, mi búsqueda en este ensayo es poder recuperar mi voz propia en lo que estoy “*investiluchando*” -un término muy bonito que una amiga y compañera de militancia usó una vez para referirse a mi proceso. Así, desde mi lugar de enunciación como parte de las luchas que estoy trabajando en mi tesis, y más allá de las entrevistas de campo, me pregunto: ¿cómo me interpela *a mí*, Mariana, ese tema y *el proceso mismo* de la investigación? ¿Qué sentimientos atravieso? Creo y es mi deseo que estas preguntas y reflexiones, si bien parten de la autorreferencia, puedan interpelar a otras colegas y compañeros que también *investiluchan* y atraviesan experiencias y sentires similares.

Estructuré este ensayo de acuerdo con dos principales grupos de *sentires* que he atravesado en estos años en el proceso de mi investigación. En primer lugar, la *incomodidad* en el rol de investigadora y las *contradicciones* asociadas a esto. En

segundo lugar, dos tipos de emociones que vivo simultáneamente en la militancia. Por un lado, los sentimientos de *bronca*, *impotencia* y *dolor* debido a las múltiples violencias que oprimen a nuestros territorios y cuerpos. Por otro lado, *la alegría colectiva* que, a pesar de esto, también siento como parte de esta lucha. Por último, a manera de conclusión, planteo algunas reflexiones y preguntas finales para continuar (re)pensando nuestras prácticas como investigadorxs militantes.

¿Qué sentimos cuando *investiluchamos*?

a. Incomodidad y contradicciones

Después de una de las primeras entrevistas que realicé para mi tesis, en la que la mujer con la que conversé se largó a llorar contando una situación, anoté lo siguiente:

Y ahí me permití escapar de mi rol de "estoy haciendo una entrevista y tengo que ser neutra". No puedo ser neutra con lo que está diciendo (...) no me quiero quedar callada solo por estar haciendo una investigación, solo porque tengo que ser una investigadora, no me quiero quedar callada. (...) quizás si no estuviera haciendo una entrevista yo me hubiera puesto a llorar con ella, (...) es extraño estar en este rol (Nota de campo, junio de 2022).

En los manuales de metodología, de acuerdo con el modelo hegemónico de la ciencia, la neutralidad, la objetividad y el distanciamiento son pautas básicas para realizar una investigación “seria”. Sobre esto, Donna Haraway (1995) marcó un antes y un después en las epistemologías feministas, cuando planteó que la objetividad feminista es, en realidad, una objetividad *encarnada*, en otras palabras, una *parcialidad*. Con su

concepto de “conocimientos situados”, Haraway abrió una línea epistemológica que rechaza la pretensión de universalidad en la ciencia, y, en cambio, propone que, para conocer en profundidad, nuestras miradas sean parciales y partan de algún sitio en particular. Siguiendo a la autora, yo quiero decir, entonces, que no estoy haciendo esta investigación desde cualquier lugar: la hago desde mi posición *como parte* de esta lucha. Soy, de hecho, una más de mis “sujetas de estudio”. Una posición que no es *para nada* neutra, y por lo cual me es imposible o, por lo menos, extremadamente incómodo, seguir las pautas de distanciamiento que pretende la academia hegemónica.

Extremadamente incómodo, como también lo es la contradicción que siento al saber que el sistema científico puede ser tan extractivista como las actividades contra las cuales estoy luchando. En las asambleas socioambientales y territoriales, como en los movimientos sociales en general, hay una fuerte, y bien fundada, desconfianza hacia la academia. Una desconfianza que algunas veces también he sentido sobre mí misma, por parte de compañeras que no me conocen o conocían tanto. Uno de los principales motivos es que no son pocos los casos de investigaciones financiadas por empresas extractivistas. Con relación a esto, y en la búsqueda de seguir el camino de la ciencia digna, como nos enseñó Andrés Carrasco, hay una pregunta que me inquieta constantemente: ¿cómo hacer que mi investigación sea útil para nuestra lucha, y que no solo me permita doctorarme y nada más?

Otra incomodidad que siento es respecto a tener que llevar registros. Si tuviera que registrar cada actividad en la que participo como parte de esta lucha, no solo tendría

pilas y pilas de notas, sino que me resultaría simplemente innatural. Yo no participo de esas actividades como “observadora”, lo hago como integrante de las Defensoras del Agua. De hecho, muchas de las veces en que sí “registro”, es para un registro asambleario, colectivo, y no para mi tesis. El hecho de no contar con registros de todo lo que podría estar registrando, ¿va a hacer que mi investigación sea menos rica? ¿Y si hay cosas que no quiero contar? Ya sea por la seguridad de nuestro grupo y de cierta información que no queremos que circule, y que en ese caso jamás publicaría, o bien porque son vivencias que solo quiero guardar en mi memoria, o en *nuestra* memoria colectiva.

b. 1. Bronca, impotencia y dolor

Desde los inicios de la lucha, allá por 2006, la Asamblea por la vida Chilecito -de la cual nace nuestra colectiva de Defensoras del Agua- participa cada 19 de febrero en el Desfile por el Día de Chilecito. Mi primera participación en esta lucha, de hecho, fue en uno de esos desfiles, en el año 2020. Tres años después, anoté esto en mi diario de campo, sobre el desfile del 2023:

Yo grité con todas mis fuerzas, mirando a esos políticos a los ojos, con mucha bronca. Más que otros años (Nota de campo, febrero de 2023).

Es que a medida que fui adentrándome en este *camino de ida* que es la defensa del agua y de *la vida* (en el sentido más genuino y menos anti-derechos del término), la bronca, la impotencia y el dolor fueron en ascenso. Las violencias son constantes: el Famatina está hoy libre de megaminería, pero mañana puede no estarlo, porque los políticos y las políticas de turno, en este junio de 2024 en el que escribo, acaban de

regalar el país a través de la aprobación del RIGI (Régimen de Incentivo a las Grandes Inversiones). Y al mismo tiempo, con o sin RIGI, el gobierno de la provincia viene impulsando la megaminería quizás no en el Famatina, pero sí en el resto de La Rioja, sobre todo en la cordillera. Además, la megaminería no es la única forma de extractivismo que asedia a nuestros territorios: están los agronegocios; está el acuerdo para la gestión del agua con la empresa Mekorot del Estado de Israel, denunciada internacionalmente por *apartheid*; están las ONGs transnacionales como Natura, que se disfrazan de ecologistas, pero sabemos que encubren otra forma de despojo y de saqueo de nuestros bienes comunes. Es todo el tiempo, de todas las formas, por todos lados, todos los días. ¿Cómo entonces no gritarles a esos políticos, ahí paraditos con total impunidad en el balcón del desfile de nuestro pueblo, si son uno de los principales responsables de estas múltiples *violaciones* de nuestros territorios?

b. 2. Alegría colectiva

Pero también, en esos días anoté otra cosita en mi diario de campo. Cada febrero en todos los pueblos de La Rioja se festeja el carnaval de “*la chaya*”-algo muy difícil de resumir en palabras, así que mejor, como dice la canción, si alguien quiere conocerla, “*que venga pal carnaval*”. Si pienso a nuestra lucha de forma más amplia, en realidad, mi primera participación fue en *la chayita de mujeres* que hacemos todos los años. Ese día conocí, de hecho, a la mayoría de mis compañeras. Uno de los momentos que compartimos todos los años en esa *chaya de comadres* es una *corpachada*, el ritual a la

Pacha que realizan ancestralmente los pueblos indígenas. En ese diario de campo de febrero de 2023, escribí estas líneas sobre la chaya de mujeres de ese año:

Hicimos una corpachada y, en comparación a otros años en los que participé de este ritual, sentí mucho más esa conexión y sobre todo agradecimiento con esta tierra, esta tierra hermosa con gente hermosa que me ha dejado abrazar con ellxs su lucha durante estos años. Esa tierra a la que tanto daño quieren hacerle, pero ahí sigue, brindándonos su agüita, sus frutas y verduras, su algarroba (Nota de campo, febrero de 2023).

La alegría compartida en cada carnaval, la conexión con la tierra, el amor, el agradecimiento, la admiración y todo lo que me conmueve respecto a la fuerza de lo colectivo, también fueron creciendo estos años. Y es que en realidad estos sentires están presentes *simultáneamente* a la bronca, a la impotencia y al dolor. Así, con todas esas emociones juntas, luego de mi visita al acampe que desde enero de este año (2024) mantienen vecinas y vecinos del pueblo riojano de San Blas de Los Sauces, manifestándose en contra de la contaminación de una empresa de monocultivo de pistacho, escribí:

Me siento tan pequeña, tan poca, tan superficial, frente a esta gente que está durmiendo en una carpa llena de moscas y respirando agrotóxicos todos los días. Sé que si vuelve a haber una situación de corte acá en Chilecito, voy a estar. Pero mientras tanto solo siento admiración por esta gente. Y me conmueve, me conmueve la lucha desde la alegría también, desde el festejo, desde la risa. Qué fuerza la del pueblo. Y qué difícil, qué impotencia, qué injusticia. Pero como les

dije: creo que sí vale la pena luchar, como en Chilecito y Famatina que se pudo echar a cinco mineras. Y yo no estuve en esos momentos, por eso me sigo sintiendo “poca”, pero estoy ahora. Y estoy de otras formas. Y admiro. Y agradezco. Y quiero seguir estando (Nota de campo, abril de 2024).

Reflexiones finales

Todo esto y más sentimos cuando *investiluchamos*. Hoy quiero recuperar esa emocionalidad que la academia hegemónica -patriarcal y extractivista- quisiera callar, y hacerla *parte* de mi investigación. En palabras de val flores (2016), “reintroducir en nuestras escrituras la subversión emocional, esa que las reglas institucionales de la burocratización del saber y su credo del entendimiento sin conflictos nos despojaron” (p.246).

Investiluchar es un camino difícil, sin dudas, pero, junto con otras investigadoras-militantes con las que vengo dialogando, nos invito a pensar también en *la potencia* de habitar simultáneamente estos dos mundos. ¿Es lo mismo que las investigaciones sobre nuestras luchas las hagan quienes formamos parte de ellas, a que las hagan otrxs? Si la respuesta es no, es quizás porque, retomando una de las preguntas que planteé en este ensayo, nuestras investigaciones *sí* pueden aportar a nuestras luchas. ¿Cómo? Esas son las respuestas que tendremos que buscar.

Creo que una de las maneras es que nuestros trabajos trasciendan el mundillo académico de las tesis y de los *papers*, y se traduzcan a otros lenguajes y formatos que puedan llegar a otros espacios, y ser entendidos por todes. No estoy diciendo que

abandonemos el lenguaje académico y sus requisitos de rigurosidad, sino que no nos limitemos a él. ¿Se les ocurren otras respuestas? Las pensemos juntas. No nos resignemos a la soledad a la que nos encierra la academia. Me parece que puede ser profundamente *sanador* encontrarnos quienes *investiluchamos*, charlar sobre lo que nos pasa, y encontrar caminos posibles. Como bien sabemos, la salida siempre es colectiva.

Referencias bibliográficas

flores, val. (2016). La intimidad del procedimiento: Escritura, lesbiana, sur como prácticas de sí. *Badebec*, 6(11), 230–249.

Haraway, Donna Jeanne. (1995). *Ciencia, cyborgs y mujeres: La invención de la naturaleza*. Madrid: Cátedra.